

LOS DISTINTOS NIVELES DE LA TENTACIÓN

por Francisco-Manuel Nácher

¡Qué intrincado, estrecho y empinado es, a veces, el Sendero ! ¡Y qué sutil la tentación!

Hace unos años, satisfecho con la labor realizada en la Fraternidad, abandoné voluntariamente todos los cargos y me dediqué, exclusivamente, a corregir los ejercicios de los estudiantes del Curso Suplementario de Filosofía y a meditar y escribir, con la sola idea de ayudar, en la medida de mis cortas luces, a quienes leyesen mis escritos.

Y lo hice porque, conociendo mi tendencia leonina a ser proclive al halago y al poder, no quería ni uno ni otro. Pensaba que ya había suficientes probacionistas, todos ellos discípulos míos en el curso del que era profesor, que aportarían sangre nueva, nuevas ideas e iniciativas saludables, pues mi capacidad de aportar se había agotado, pensaba, con la legalización del Centro, las discusiones con las autoridades policíacas (era durante la dictadura franquista), la organización, las traducciones, la confección del Reglamento, la puesta en marcha y la presidencia durante varios años.

Sin embargo, he tenido que tomar las riendas otra vez. He luchado mucho conmigo mismo antes de hacerlo, temiendo la ocasión de caer en la tentación del halago y el mando. Pero, muy a mi pesar, he llegado a la conclusión de que, de no intervenir a tiempo, la obra de tantos años - ya va para veinticinco - se iba a malograr, precisamente por causa de algunos de mis discípulos en los que el deseo de servir no va parejo con el deseo de poder, ni la tolerancia con el fervor inquisitorial, ni la humildad con la propia estima.

Así que aquí estoy, otra vez presidente y cabeza de la Fraternidad. Bien sabe Dios lo que me repugna el mando. Después de toda una vida mandando y ostentando cargos de responsabilidad, mi más profundo deseo, tan profundo como, al jubilarme, lo fue el de desprenderme definitivamente de la corbata y la chaqueta, es el de deshacerme del

mando y la autoridad y el poder y la responsabilidad. Pero no. He de seguir en la brecha y dedicar mi tiempo a cosas que halagan menos mis deseos íntimos que meditar, escribir, escuchar música, leer, pasear, dedicarme a mi nieto...

Y, además, me veo en la necesidad de, por añadidura, pronunciar conferencias casi semanales y dar cursos de Filosofía Rosacruz de octubre a junio cada año. Y no es que no lo haga a gusto. Mentiría si no reconociese que la preparación escrita y la exposición oral de ambos trabajos me causa gran placer y, sobre todo, me hace reflexionar mucho y ver mucho más y comprender muchísimo que de otro modo no alcanzaría. Meditando sobre ello no puedo por menos de agradecer esta ocasión inesperada de avanzar personalmente al tiempo que voy logrando la diseminación de nuestra Filosofía.

Pero, curiosamente, si por un lado no puedo desprenderme de mi premeditada aversión por el protagonismo, por otro, no me lo puedo quitar de encima.

Pensaba que mis conferencias y mis cursos se iban a limitar, que es lo que debería ser, a dar un poco de luz a mis oyentes. Pues no. Sin buscarlo ni pretenderlo y con verdadera repugnancia, se han convertido, por su parte, en el pábulo para una especie de culto a la personalidad.

Es grande la complejidad del mecanismo de la tentación, que me tiene perplejo y me hace sentir incapaz de escapar a ella: Huyo del protagonismo y me limito a servir del mejor modo que sé, escribiendo y hablando. Entonces, surgen siempre unos cuantos que empiezan a encomiar mi claridad de ideas, la fácil comprensión de mis exposiciones, la paz que han encontrado al escucharme, el rumbo que he impreso a sus vidas... Y nace una admiración injustificada, totalmente injustificada, por parte de hombres y mujeres, jóvenes y viejos, que me avergüenza y me abochorna, pues bien sé yo lo poco que sé y, por tanto, el poco valor que pueden tener mis palabras, escritas u orales. Y, lógicamente rechazo, a veces con brusquedad, cualquier alabanza y rehuyo cualquier amistad más allá del aula y hasta les ruego que no me hagan daño con sus loas, todas ellas inmerecidas.

Pero luego - y ahí está la principal sutileza de las tentaciones, que no en balde son obra de los Luciferes, mucho más hábiles que nosotros en el manejo de la mente -, me atormenta la pregunta de si hago bien

rechazando la ocasión de caer en la autocomplacencia o debería mejor afrontarla para vencerla definitivamente.

Por supuesto, sé que esos halagos son mis maestros y debo aprender de ellos a... ¿a qué? ¿a rechazarlos o a vivir con ellos, pero sin hacerles caso? Pero, en el primer caso, ¿no estaré rehuyendo el peligro sin hacerle frente como debería hacer, o desmotivando a alguno? Y, en el segundo, ¿no podría producir escándalo entre los que pensasen que tolero la lisonja porque me gusta?

¡Con lo bien que yo estaría sin clases y sin conferencias! Pero tengo claro que he de servir. Y he de servir con todas mis fuerzas. Y de la manera que mejor puedo servir es, lógicamente, utilizando las facultades que poseo y éstas son, sin duda, la habilidad para escribir y para exponer mis ideas. Así que me veo condenado a caminar hasta no sé cuándo por ese filo de la navaja, límite entre dos profundos abismos: el rechazar el peligro sin intentar vencerlo, y el vivir en el peligro sin dar pie a que nadie piense que lo busco.

* * *